

(EL ZAPOTE, TAB.)

por Alfredo López Esnaurrizar

*Cuento para mi mujer  
Elvirita Machorro de López*

Era en el campo. Ella, una zagala de veinte abriles; él, un mozalbete de veinticinco. Se conocieron de niños, se trataron de amigos hasta pocos años antes. Fresca, colorada, blanca, de limpios y apretados dientes, era el orgullo de la comarca. Más de un truhán la requebraba a su encuentro sin casualidad; ella enrojecía y bajaba la mirada para esquivar el piropo. El, recién llegado de la ciudad, vestido a la usanza moderna, delgaducho y pálido. Era el príncipe azul de la región. Se vieron de nueva cuenta, se volvieron a ver de soslayo, se gustaron y durmieron intranquilos esa noche y muchas de las siguientes.

Los estudios le habían alejado y casi olvidado de la vida campestre; pero la necesidad de un descanso le hizo volver a su tierra natal. Sus amores, hasta aquí, habían sido simples amoríos; muchachas pizpiretas que roban el seso con una sonrisa y una mirada. Al despertar de su pubertad una colegiala quinceañera le hizo perder un año de estudios; pero vuelta la razón a su sitio sin saber cómo ni cuándo, clavó la mirada en sus libros para no despegarla hasta ahora. El encuentro con la compañera de juegos fue una revelación; sintió una agradable pesadumbre; un deseo incontenible de estar con ella, de apartarla de todo y de todos, de rodearla de bienestares por su solo esfuerzo, de adueñarse de su cariño, de huir, en fin, hacia un mundo de sueños.

Tropezando por la vereda, a obscuras, pues la noche es amiga de los enamorados, a punto está de llegar él a las puertas de la casa que guarda celosa a la ansiosa mujer del cuento. Ladran los perros, se inquietan sus dueños, pues anda el tigre despoblado el ganado; hubo huellas de haber arrastrado un buey hasta trescientos metros antes de abandonar su presa al seguimiento de los cazadores. Pues bien, nuestro medroso mancebo, acosado por los canes, se sube a un árbol, adonde es encontrado por los moradores vecinos. Acallan éstos a los fieles canes; baja confuso el galán y no sabe explicar satisfactoriamente el inusitado paseo, aunque todos lo adivinan a maravilla. Lo llevan solícitos a la buscada finca, entre risas y chanzas. Entra al cuarto de recibir todo cortado y escurrido. Los padres le invitan a sentarse; sale ella una vez que los rancheros se han ido y empieza la plática: que es mucho el calor, que tiempo ha que no llueve y que precisamente antenoche las bestias de carga olfatearon al tigre y huyeron del corral en pavorosa carrera. Charla el padre envuelto en humo de mal tabaco; la muchacha no acierta a decir palabra y se sonroja a cada furtiva mirada del visitante; la viejita observa los gestos de todos y sabe ya los deseos de los jóvenes. Aprieta el estudiante con deleite la mano de la chica al despedirse: saluda ceremonioso a los padres y se promete volver.

Amigo ya de todos los perros de la comarca, menean la cola al verlo pasar, noche tras noche, por el mismo sendero y a la propia casa.

Brillante el sol, alegre el día; blanca la luna, bella la noche; impertinente la lluvia, agradables las horas de visita. Todo esto piensan de común acuerdo nuestros enamorados. Suspira la madre en sus recuerdos; piensa al padre en el futuro de su hija.

Repuesto ya el apuesto novio, aún de flacas carnes, pero de aspecto menos desmedrado, decide volver a la ciudad. Lloros de ella, quebrantos de él. Al fin sale un domingo, mal jinete, en melancólico caballo. Lleva una flor en el pecho y muy adentro una ilusión y una promesa. Ese día con afán, se gradúa. Es médico ya, pero sin clientela. Cura a los pobres gratuitamente más por aburrimiento que por caridad; más por darse a conocer que por hacer el bien sin retribución. Ella, entretanto, languidece; él, le escribe y consuela. Muere el padre, repentinamente de pulmonía; pues llegó tarde el joven al urgente llamado. La muchachita, pálida, de negro vestida, de ojos enrojecidos por el llanto y el desvelo, busca inconsciente protección en el doctor con una mirada; se estremece éste y siente el dolor de ella como suyo y la acompaña varios días en su pueblo. Llegan los enfermos a consultarle; cura casos difíciles; sorprende al vecindario. Decide establecerse en el villorrio yendo y viniendo a los lugares cercanos donde es llamado. Junta dinero hasta llenar los bolsillos y anuncia el matrimonio.

Las campanas tocan a boda. Las mujeres se hacen lenguas hablando de la belleza de la novia y de lo bien parecido del caballero. Traen de regalos los rancheros gallinas y pavos. Se prometen todos la gran diversión. Se adornó la casa de los novios de flores blancas.

Había que ver el alborozo de las muchachas para vestir a la novia. Una la peina, otra la calza, quién la viste, cuál la coloca su corona de azahares; todas, ella quisieran ser y para casarse luego, le roban una flor o se prueban sus medias. Ella, aturdida, oyendo tantas risas, esperando lo desconocido, no sabe si reír o llorar. Llega el novio, planchado, cuidadosamente rasurado, feliz. Lo admiran las niñas; lo ve ella con recelo, como algo que va a ser suyo y no sabe lo que es. Salen del brazo; los espera el cura en la iglesia y entran a los acordes de una marcha nupcial que no oyen los novios; se arrodillan ante el altar; se unen definitivamente. Cierra ella los ojos como queriendo ver lo invisible; la coge él de la mano con la seguridad del hombre.

La cena es opípara, la alegría es inmensa, el baile, continuo. Quiere ella quedarse en su casa, quiere ella irse con él. A hurtadillas se escapan. Entran precipitadamente a su nuevo hogar. Se acabó la fiesta, la alegría. Empieza la seriedad del amor. La estrecha él entre sus brazos, la cubre de besos y ella, tan avergonzada, termina por no saber ni dónde está ni por qué. Se desnuda a sus ruegos y precipitadamente se oculta entre las cobijas, junto a él.